

SERMON QUINCUAGÉSIMO SEXTO.

De la profecía.

Habiéndoos demostrado la realidad y la necesidad de un orden sobrenatural, como medio del comercio del hombre con Dios, réstanos que penetrar en la naturaleza íntima de este orden. Ya habeis visto que se descompone en dos actos, el uno que corresponde á nuestra facultad de conocer, y es la profecía; el otro, relativo á nuestra facultad operativa, y es el sacramento. Haciéndoos entrar mas á fondo en el misterio de estos dos actos conseguiré mi objeto, que es iniciaros en la inteligencia del orden sobrenatural, en cuanto lo permiten su profundidad y los límites de nuestro entendimiento. Comienzo, pues, por la profecía.

La profecía es una palabra de Dios, que manifiesta al hombre verdades que no sabria comprender su razon por sí misma, y que son necesarias, no obstante, para la realizacion de su destino.

Lo que domina en esta definicion es la palabra; la palabra es el primer elemento profético. ¿Pero qué es la palabra?

Viene un hombre al mundo. Sus ojos, sus oídos, sus labios, todos sus sentidos están cerrados. No tiene idea alguna de la nada que le rechaza, ni del ser adonde llega; ignórase á sí mismo y todo lo demás con él. Dejadle tal como acaba de bosquejarle la naturaleza; dejadle allí desnudo, mudo, mas bien muerto que vivo; tal vez vivirá, pero vivirá sin saberlo, huésped informe de la creacion, alma perdida en la impotencia de encontrarse á sí misma. Abriránse sus ojos sin que se lea en ellos un pensamiento, y latirá su corazón sin que se sienta en él una virtud. Pero por fortuna vela sobre él alguna cosa. La providencia de la palabra le cubre con sus alas fecundas; la palabra se inclina incesantemente hácia él, le mira, le toca, le vuelve, ensaya despertar con sus estremecimientos á esta alma dormida; y en fin, despues de dias que han sido siglos, escápase súbitamente la palabra de este abismo sordo é insensible, de ese niño que apenas demostró con una sonrisa que comprendía el amor que le ha dado al mundo, y responde. El hombre vive entonces; piensa, ama, nom-

bra á los que ama, les vuelve en una palabra todo el amor que ha recibido de ellos.

Pero esto no es mas que el principio del hombre. Él, el predestinado de lo infinito, no conoce aún mas que el seno de su madre, su cuna, su cuarto, algunas imágenes fijas en las paredes, todo el espacio que abarca la vista desde una ventana; una hora es para él la historia, una casa el universo, una caricia el fin último de las cosas. Es necesario que salga de este estrecho horizonte, y que se prepare á marcar su lugar en esta sociedad ansiosa, donde todos, teniendo los mismos derechos en los mismos deberes, van á disputarle la gloria de vivir. Bajará al punto la escalera paterna, aparecerá en la plaza pública, escuchará su oído el doloroso frotamiento de las ambiciones que se chocan y de las ideas que se repelen, y como una hoja que ha caído en las olas de una mar agitada, se admirará por la vez primera del precio que cuesta la vida y de los misterios que ella contiene. ¿Quién se los explicará? ¿Quién le introducirá, bien ó mal, en la ciencia del hombre, esa ciencia cuyos elementos son lo pasado, lo presente, el porvenir, la tierra y el cielo, que toca á la nada por uno de sus polos y á lo infinito por el otro? La palabra se lo explicará tambien; no ya la palabra de su padre y de su madre, sino una palabra aventurada que tal vez sofoque en él los gérmenes de la verdad, ó que quizá los desarrolle, segun el ingenio de los maestros que dirijan el suyo. Porque él tendrá maestros; no puede sustraerse á este segundo reino de la palabra sobre él. La palabra le ha dado al mundo; la palabra ha despertado y ha dado el primer curso á su pensamiento; por mas que quiera, por mas que haga, la palabra acabará su obra para su felicidad ó su desdicha; hará de él un vaso de fe ó de incredulidad, una víctima de la caridad ó del orgullo, un esclavo de los sentidos ó del deber, y si le resta siempre la libertad contra el mal, será no obstante con la condicion de llamar en su auxilio una palabra mejor que la palabra que le habrá engañado.

Hé aquí la historia del hombre: escuchad la del pueblo. Hállase un pueblo adormecido en las costumbres de la barbarie, ni aun conoce la primera de las artes, que es sujetar la tierra á sus necesidades. Vive, como el animal, de la presa que hace. Luego que la ha encontrado, se duerme cerca del fuego que le calienta, ó del árbol que le cubre, hasta que le manda el hambre disputar á los bosques y al azar su incierta subsistencia. No tiene patria. El mismo suelo donde yaga errante no ha recibido de su trabajo consagracion alguna, ni de su poder límite alguno; y aunque guarda allí los huesos de sus

antepasados, anda por él sin pasado y sin porvenir. Si se le viene á turbar, se defenderá como un animal salvaje en su cubil, pero sin poder hacer del trozo de madera que le sirve de defensa ni una bandera, ni una espada. Fáltale la idea, y con ella la virtud, el progreso, la historia, la estabilidad.

Pero hé aquí que todo cambia. Siéntase este pueblo; levanta su tienda, abre fosos, pone guardias, tiene algo de duradero y de santo que guardar. Ofrécele un templo bajo una imágen sensible al Dios que ha hecho el mundo, al padre de la justicia y al habitante de las almas. Adórale en espíritu, y le ruega con fe. Ya no pasa el sol sobre su cabeza como un fuego que se extingue por la noche y que vuelve á encenderse por la mañana, sino como la grave medida de las edades, trayendo á cada dia su deber, y á cada siglo su duracion. Cuenta sus revoluciones, y distribuye su propia historia en el sielo donde han encerrado las suyas todas las naciones. Este pueblo vive en fin; revela su presencia por hombres que tienen un nombre, por actos que tienen un imperio. Pero ¿quién le ha sacado de su muerte anterior? ¿Quién ha hecho de una poblacion bárbara una sociedad regular y civilizada? ¿Quién, señores, quién? ¡Ah! la misma potestad que ha hecho al hombre: la palabra. Orfeo ha bajado de las montañas de la Tracia; ha cantado, y la Grecia ha salido enteramente viva de los acentos de su lira. Ha aparecido un misionero en las soledades con un crucifijo por arpa; ha nombrado á Dios, y salvajes simples hasta la desnudez han cubierto con hojas su pudor naciente. Los niños han sonreído al hombre de la palabra, y las madres han creído en los labios que llevaban á sus hijos la bendicion del grande espíritu.

¿Queréis otras escenas tomadas de las sociedades envejecidas? Un pueblo, despues de haber sostenido largo tiempo con honor el cetro de su destino, ha perdido poco á poco el sentido de las grandes cosas; no ha sabido ya creer, ni deliberar, ni sacrificarse; hásele visto reclinado sobre un mostrador, pesando escudos en una balanza, en lugar de pesar en ella la suerte del mundo, y no teniendo entrañas sino para oír el ruido monótono y estúpido de la plata. Con el decaimiento del carácter ha venido la servidumbre; los tiranos se han burlado de este pueblo, imponiéndole leyes dignas de sus costumbres. Ellos han encontrado cómplices hasta en las tradiciones de la libertad; y el foro, la tribuna, el senado, han sido los nombres con que han cubierto el envilecimiento de las almas y el oprobio de su tiranía. Pero mientras reinaban la corrupcion y el miedo sobre esta turba degenerada; mientras callaba todo, menos la mentira, la calumnia, la dela-

cion, la bajeza de corazon y de espíritu, toda esta turba se ha disputado y ha hecho una mudanza en un momento inesperado: ha desaparecido Domiciano, y le ha sucedido Nerva. ¿Quién ha suspendido de este modo el curso de las ruínas? ¿Quién ha vuelto á traer, aunque no fuese mas que por un dia, nombres y recuerdos honrados? No lo preguntéis, señores; la palabra se ha deslizado en los intersticios de la tiranía; ella ha vuelto á encontrar acá y allá, como en un campo segado, almas no manchadas por su siglo, y sembrando por sí la levadura de la fuerza antigua, ella ha reanimado el senado, el pueblo, el foro, los dioses extinguidos, la majestad caída, y, resuscitando en un mismo dia todos juntos, han dado á los vivos y á los muertos una santa y postrera aparicion de la patria.

Mas allá del pueblo, señores, solo hay el género humano, y él tambien habrá quizá experimentado el mágico poder de la palabra. Él tambien, quizá, sumergido en la corrupcion y en la servidumbre, habrá una vez, en el curso de su larga historia, conocido el estremecimiento divino de la resurreccion. Si lo habeis olvidado, recordad lo que era el mundo en la aurora de los tiempos que llamamos los nuestros. Asistid con el pensamiento á una de esas fiestas adonde llevaba á un mismo tiempo sus dioses y sus costumbres, sus ideas y sus alegrías. Elegid el circo ó el anfiteatro, los juegos ó los misterios, la escena antigua que os plazca. Mirad; tal era el mundo. Y aquel mundo ya no existe. Altares castos convidan á las generaciones á la reforma laboriosa de sus sentidos; y la cruz, signo de mortificacion y de humildad, en vez de dar al esclavo en espectáculo á señores crueles y disolutos, marcha ante los príncipes para enseñarles la dulzura, ante los pueblos para darles el valor de una vida grave y pobre. Ya no pide aplausos la sangre derramada, sino cuando se la da en un grande y voluntario sacrificio; ya no se ofrece á la adoracion pública la carne deshonorada por el impudor del alma, y la pureza sin mancha ha sabido fundarse, en medio de las grandes ciudades, retiros nos menos ilustres: ¡tanto se ha elevado el corazon del hombre en la inteligencia de la virtud! La vista no encuentra ya en la frente de los transeuntes señales de mutilaciones, el oído no oye ya el ruido abyecto de los suplicios privados, y la misma justicia pública no aparece sino raras veces á las miradas respetadas de los ciudadanos. Una calle es un asilo donde se encuentran criaturas, todas las cuales tienen en sí mismas el signo de sus derechos, y la desigualdad visible de las condiciones no quita ya á los pobres su puesto y su dignidad. ¿Qué mas diré? El corazon del hombre está aún débil y devorado por

las pasiones, y no obstante hállase transfigurada la humanidad; ella lleva en lo mas profundo de sus entreñas una semilla de bien contra la cual no puede prevalecer crimen alguno, y que condena al desprecio de todas las mismas cosas que habian usurpado en el antiguo mundo los homenajes de todos. ¿Quién ha hecho esto? Otra vez, señores, y me canso de repetirlo, lo ha hecho la palabra. Ha venido un hombre que se ha llamado Dios, y que ha dicho en nombre de Dios: *¡Bienaventurados los pobres! ¡Bienaventurados los mansos! ¡Bienaventurados los que lloran! ¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia! ¡Bienaventurados los limpios de corazon! ¡Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia!* (1). Ha dicho esto, y la palabra que forma al hombre, que funda la civilizacion, que liberta á los pueblos, esa misma palabra en los labios de Cristo ha dado una nueva fuerza ó mas bien nuevo nacimiento á la humanidad.

De aquí resulta, señores, que la palabra es la primera potestad del mundo; que es la causa de todas las revoluciones felices ó desgraciadas, cuyo encadenamiento compone la historia, y que así no debéis admiraros de que sea un elemento del orden sobrenatural, y de que profetizar sea hablar.

He dicho además que la profecía es una palabra de Dios. Y aquí, el racionalismo, que ha consentido hasta ahora en mi discurso, no me permite ir mas lejos. Él juzga que la idea de Dios y la de la palabra son dos ideas incompatibles; que siendo Dios un ser puramente espiritual, y la palabra un simple movimiento del aire producido por los órganos físicos de la voz, no se puede sin degradar á la majestad divina atribuirle tan vil operacion.

¿Debe, señores, responderse á esto? ¿Debo haceros observar que se degrada la nocion de la palabra para rehusarla á Dios? ¡Qué! ¿Os figuraríais que pudiera el aire agitado, de cualquier modo que lo fuese, obtener los efectos prodigiosos que os he descrito? No hay duda que la palabra tiene tambien un cuerpo, á causa de nuestro estado presente en que tiene el alma un cuerpo; la palabra lleva consigo una accion exterior que pone al aire en movimiento. Pero esto no es mas que la fantasma de la palabra. Cerrad vuestro labios; recogéos; encerrad vuestra alma en sí misma; ¿no oís que sin el movimiento de ningun órgano físico, articula interiormente palabras, pronuncia frases, enlaza un discurso? ¿no oís cómo se anima, se enardece, llega á ser elocuente, os persuade, y que no obstante, todo

(1) San Mateo, cap. 5, vers. 3 y siguientes.

está inmóvil en el centro y en las extremidades de vuestro cuerpo? La palabra exterior no es mas que la pálida y moribunda expresion de la palabra interior; y la palabra interior es el pensamiento mismo, engendrándose en el fondo del alma por una inmaterial fecundidad. Si fuera de otro modo, si hablar no fuese mas que remover el aire, ¿concebiríais que fuese el aire el vehículo de las ideas y de los sentimientos, que fuese á apoderarse de vuestra inteligencia en sus impenetrables reductos, y á arrebatarla á sus propias concepciones? La palabra es una potestad espiritual, unida en el hombre á un órgano sensible, y dándole la impulsión, como da el alma, en la totalidad de sus fuerzas, el impulso á todo el cuerpo. Dios, que es espíritu, puede pues ser palabra; puede hablarnos interiormente, sin la emision de ninguna voz que se oiga por los sentidos, y hablarnos exteriormente, si quiere dar á sus comunicaciones un carácter de publicidad y de autenticidad. Es verdad que en sí mismo no está Dios unido á un cuerpo, y que así, su palabra no tiene un órgano que le esté natural y personalmente sometido; pero toda la naturaleza es respecto de él mas obediente que nuestro cuerpo respecto de nosotros mismos; él tiene sobre ella el derecho de toda potestad creadora, y le es tan sencillo usar de ella, como á nosotros usar de la porcion de materia organizada que nos está sujeta.

La palabra pertenece, pues, á Dios, como potestad espiritual; pero le pertenece mas notoriamente aún bajo otro punto de vista. En efecto, señores, si considerada en su raíz primera, no es otra cosa la palabra que el pensamiento haciendo su aparicion dentro y á la faz del alma, si es la plática del alma consigo misma, tambien es la facultad del alma de entrar en relaciones con otra alma, de iniciarla en sus miras, en sus gustos, en sus voluntades, de derramarse en ella, si es permitido hablar así, y de recibir á su vez, por un cambio simpático, la plenitud del alma estraña. La palabra es el lazo de los espíritus, no solamente de los espíritus asociados á un cuerpo, sino de los espíritus puros y que se hacen recíprocamente visibles en el esplendor de su esencia; porque esta claridad en que están no los entrega á merced los unos de los otros. Ellos tienen su santuario cerrado, el sitio libre donde piensan enfrente de sí mismos, y por una palabra voluntaria, palabra abstracta y sublime, es por donde se inclinan, corazon á corazon, para darse en una efusion mas grande y mas perfecta. La palabra es al mismo tiempo la conversacion de las almas consigo mismas y con las demás; es una facultad de afuera, así como una facultad de adentro; es el medio de iniciacion y de co-

munion por excelencia. Ahora bien, decidme : ¿ negaríamos á Dios la potestad de iniciar y de comunicarse ? ¿ Rehusaríamos al que ha establecido todas las relaciones de los seres entre sí, desde el grano de arena hasta el serafin, le rehusaríamos el poder de mantener relaciones con las inteligencias, de comunicarles sus pensamientos y sus voluntades, de hablarles en fin ? *Nada hay sin voz en el mundo* (1), dice el apóstol san Pablo ; nada hay sin voz, porque nada hay sin comunicacion, ¡ y solo Dios sería juntamente el silencio y el aislamiento ! ¿ Dios solo callaría y estaría aparte en un destierro inmenso como su naturaleza ? No, señores, mi razon no lo concibe, como no lo concibe mi corazon ; y yo repito con el transporte de la evidencia estas palabras del libro de la *Sabiduría : El espíritu del Señor ha llenado toda la tierra, y el que contiene todas las cosas tiene la ciencia de la voz* (2).

Ya lo oís, señores, *el que contiene todas las cosas*. En efecto, siendo Dios el tipo primordial de los seres, ellos no poseen nada que no posea Dios mas perfectamente ; y puesto que la palabra está en nosotros, es necesario que esté en Dios de una manera inefable é infinita. Esto es tambien lo que enseña la doctrina católica, y lo que nos dice el apóstol San Juan con tan profunda elevacion á la entrada del Evangelio : *En el principio era Dios, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (3). Así como vuestra palabra es el fruto de vuestra alma, la expresion y el desahogo de vuestra alma, hay tambien en Dios algo, que es el fruto, la expresion y el desahogo de su alma, *que es Dios de Dios, luz de luz*, para servirme de los términos del concilio de Nicea. Y así como toda la fuerza de vuestra palabra está en vuestra alma, toda la fuerza de la palabra divina está tambien en la fuente de donde ella brota. ¿ No habeis observado que hay palabras muertas y palabras vivas, palabras que caen en tierra como una flecha sin fuerza, y otras que caen en el espíritu como una llama que devora ? Y ciertamente, no habeis creído que su diferencia proviniere del aire mas ó ménos conmovido por la fuerza mecánica de los pulmones. Su diferencia proviene del alma, que es el principio de la palabra. Una palabra muerta es la que sale de una alma muerta ; una palabra viva es la que sale de una alma viva. Cuando os habla un orador sin conmoveros, de una materia capaz de elocuencia ; cuando os deja dueños de vuestras resoluciones, insensibles al error

(1) Primera epístola á los corintios, cap. 14 vers. 10. — (2) Cap. 1, vers. 7. — (3) Cap. 1, vers. 1.

ó á la verdad, creedlo bien, señores, es porque no os ha hablado una alma. Porque es imposible que si os hubiese hablado una alma, hubiese permanecido la vuestra impasible ; es imposible á una alma experimentar el soplo de otra alma sin estremecimiento.

¿ Y querriais quitar á Dios este soplo del alma ! El que es el alma eternamente é infinitamente viva, á el que es toda vida, toda dilatacion, toda efusion, ¿ querriais quitarle lo que nos queda á nosotros bajo las murallas heladas de la carne ? ¡ Oh ! ¡ qué horror no tiene Dios de esta prision donde quiere encerrarle el impío, y cuán elocuentemente nos dice en el Evangelio : *El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios* (1) !

Y en efecto, mientras que la palabra del hombre, aun la mas ilustrada y elocuente, no contiene por sí misma sino verdades insuficientes á la vida del género humano, la palabra de Dios nos derrama en abundancia los tesoros de una sabiduría á la cual no puede llegar la nuestra sino aceptándola. Ella es la luz mediadora por donde eleva hácia sí la inteligencia infinita á las inteligencias creadas, y les comunica nociones, que, aun sobrepujando su naturaleza, les aproxima no obstante á su fin. Esta operacion, señores, no tiene nada que no sea muy concebible y muy sencillo. Toda palabra está necesariamente en ecuacion con el pensamiento, de que es fruto y expresion ; cuanto vale el pensamiento de un ser, tanto vale su palabra. Ahora bien, el pensamiento de Dios es tan grande como Dios mismo, es decir, sin medida ; y por consiguiente su palabra, ya la guarde dentro ó la produzca afuera, contiene necesariamente verdades inaccesibles á nuestro espíritu por via de evidencia y de demostracion. Pero lo inevidente y lo indemostrable no son ininteligibles, y enunciados por Dios y afirmados por él, llegan á ser para la inteligencia que los recibe un foco incomparable de certidumbre y de luz. La inteligencia no ve lo infinito, pero lo sabe.

Este mismo fenómeno se nos muestra proporcionalmente en el órden puramente humano. ¿Cuál es, en efecto, la accion de la palabra humana sobre el hombre en el estado de infancia ? ¿ No obra respecto á él como la palabra divina respecto de la humanidad, es decir, por via de afirmacion y de iniciacion ? El niño cree á su padre que le comunica en lenguaje sencillo, pero afirmativo, verdades que esta delicada inteligencia no es aún capaz de demostrarse, y que sa- can, sin embargo, poco á poco al hombre de la ignorancia nativa en

(1) San Mateo, cap. 4, vers. 4.

que está sepultado, forman su inteligencia, educan su corazon, y hacen de él un ser movido por el conocimiento y el amor.

Diré mas, señores; diré que en toda palabra que enseña hay un misterio de autoridad y de iniciacion. Diré que vosotros contemporáneos míos, á cualquier grado de la edad viril que hayais llegado, no sois mas que los iniciados de la palabra del siglo diez y nueve. Tal vez creéis que os habeis hecho á vosotros mismos, os engañais; el siglo diez y nueve es quien os ha hecho. ¿Y qué es el siglo diez y nueve? Una alma que se explica por una palabra, palabra que se ha transformado en opinion pública, que vive en el aire que habitais, que se insinúa hasta vuestros huesos, y que os gobierna sin saberlo vosotros, á menos que otra palabra mas poderosa no os haya emancipado de esta, haciéndoos respirar otra verdad mejor. Por mucha fuerza de entendimiento ó de alma que creais tener, por mucha que sea la grandeza de carácter ó de genio con que os haya dotado la naturaleza, ninguno de vosotros es en el fondo por sí mismo independiente de su siglo; ninguno de vosotros pronuncia por su propio timbre una palabra mas alta que la palabra de su tiempo. Pero aun cuando la aventajárais, no seriais mas que sus ecos y sus servidores. ¡Tanta necesidad tiene el hombre de ser instruido por un pensamiento superior al suyo! ¡Tan propio es de su destino escuchar, recibir, y obedecer! ¿Y á quién debe mejor que á Dios esta obediencia? No hay duda que la palabra de un siglo es de una autoridad digna de respeto; es el resultado de un gran movimiento del entendimiento humano, causado por una larga serie de sucesos que han hecho inclinar á un lado la balanza de las cosas y de las ideas. Pero esto no es mas que una parada en la vicisitud. En breve el viento del porvenir llevará sobre otras áncoras la movilidad del mundo, y aunque subsista cierta lógica en esta inconsistencia, no hay nada, aun en todos los siglos considerados juntos, que tenga un carácter que merezca nuestra fe. Y no obstante se la damos, porque es tan profundamente complicado el mismo orden natural, aunque nos estrecha por todas partes, que necesitamos un maestro que nos diga el secreto de un solo día.

¡Y no hemos de querer que nos diga Dios el secreto de la eternidad! Pero es en vano oponernos á ello: hay en el mundo otra enseñanza distinta de la de los siglos, otra palabra que la del hombre. Esta cambia y pasa. A pesar de tantos labios ingeniosos que han sido su órgano elocuente, á pesar de haber prestado la escritura su bronce á la inmortalidad de las cosas bien dichas, la lengua hu-

mana no ha podido fundar el templo de la verdad. Sus columnas están por tierra, removidas de edad en edad por construcciones donde se graba la profecía de su duracion, y que vuelven á hacerse ruínas bajo la mano de los edificadores que vienen despues. El hombre destruye al hombre, y el tiempo siega al tiempo. Un solo edificio está en pié entre los escombros donde yacen revueltas las obras contradictorias de la palabra humana. Este edificio tiene la siguiente inscripcion: *La palabra de Dios*. Esta palabra es la que, despues de haber creado al mundo y al hombre, no los ha abandonado á merced de sus propios pensamientos, sobrado débiles ante semejante obra; sino que los ha iniciado en el misterio de su principio y de su fin. Esta es la palabra que habiendo dicho una vez su secreto, que ella solo conocia, no ha cesado de repetirlo al cielo y á la tierra, llamando por sus nombres las edades y las razas, suscitando profetas contra todos los olvidos, apóstoles contra todas las mentiras, circulando en el espíritu del género humano, como su propia sangre, con frecuencia alterada, jamás extinguida, sacando relámpagos del error, y vida de la muerte. Esta es la palabra, que es el cristianismo, que es la Iglesia, que es la unidad y la estabilidad, que es todo lo que permanece en medio de todo lo que pasa. Quitadla del mundo, si podeis; ¿y qué es lo que resta? el tiempo y el hombre, el tiempo que pasa, y el hombre que duda. Esto es muy poco para un alma.

He analizado la profecía, señores, en cuanto que es su primer elemento la palabra. Mi intencion es investigar si contiene otro, y cuál es este segundo elemento. Para conseguirlo, estudiaré inmediatamente con vosotros el mecanismo de la palabra, como siendo la raíz profética donde podremos descubrir lo que nos es aun desconocido.

El efecto de la palabra es la iluminacion del entendimiento y la direccion de la voluntad. ¿Cómo se produce este fenómeno milagroso? ¿De qué modo ilumina la palabra el entendimiento y mueve la voluntad? En primer lugar, debemos suponer que se dirige á una inteligencia, es decir, á una facultad capaz de conocer ó de percibir; porque si se dirigiera á un ser, cualquiera que fuese, incapaz de conocimiento, solo determinaria en él á lo mas una sensacion. Así, el animal oye materialmente la palabra, y aun algunos la reproducen con fidelidad: pero la palabra no causa en ellos mas que movimientos instintivos, ligados al orden sensible de que hacen parte. Sentada esta primera condicion necesaria á la eficacia de la

palabra, ¿qué es lo que sucede entre la inteligencia que habla y la inteligencia que escucha? Evidentemente la primera presenta á la segunda un objeto inteligible, es decir, una verdad. Porque toda verdad, por profunda que sea, es inteligible y puede enunciarse por medio de la palabra, que es el molde y la representación de lo verdadero. Suponiendo, por ejemplo, que no sepais matemáticas y que tenga yo el encargo de enseñáros las, ved aquí una verdad de este orden que debería presentaros algún día: si se forma ó traza un cuadrado sobre la hipotenusa de un triángulo rectángulo, la superficie de este cuadrado será igual á la superficie de los cuadrados que se trazaran sobre los otros dos lados del mismo triángulo.

Esta es una proposición de geometría elemental; que es incontestable y que se halla demostrada. No obstante, señores, los que no habeis estudiado los elementos de esta ciencia, no me habeis entendido; habeis experimentado la sensación de las palabras que he pronunciado, pero nada más. ¿Y por qué ha sido esto? ¿Ha sido porque no sea verdad esta proposición? Ella es verdad. ¿Ha sido porque no se halle esta verdad al alcance de la inteligencia humana? Ella está al alcance de la inteligencia humana, y aun al alcance de un simple escolar de matemáticas. ¿Por qué pues no la entendéis? Manifiestamente, porque no basta, para que la palabra tenga un efecto de iluminación, que presente al entendimiento un objeto inteligible. Es necesario además que los términos, cuya correlación ó enlace lógico constituye la palabra, tengan su evidencia individual, para que el entendimiento perciba su sentido, es decir, descubra en cada palabra la idea que se encuentra en ella, y por consiguiente, la idea general que contiene el discurso. Esto es lo que se verifica por medio de la definición. Por la definición, la palabra ilumina la palabra, descomponiéndola en elementos tan sencillos que cada palabra llega á ser un relámpago, ó si os parece mejor, un rayo de la luz total que producirá la evidencia del entendimiento.

Permitidme daros la prueba, definiendo la proposición que he elegido por ejemplo.

Un triángulo es una figura determinada por tres líneas que se encuentran de modo que pueden formar tres ángulos. Cuando uno de los ángulos es recto, es decir, cuando está formado por dos líneas que caen perpendicularmente una sobre otra, el triángulo se llama rectángulo. En aquel caso, el lado del triángulo opuesto al ángulo recto es el mayor de los tres, siendo manifiesto que á

medida que los ángulos se ensanchan, el lado que les corresponde se agranda proporcionalmente. Este gran lado del triángulo rectángulo es la hipotenusa. Si se le toma por base de un cuadrado y se construyen otros dos sobre los pequeños lados ó esquinas del mismo triángulo, el cuadrado de la hipotenusa tendrá superficie igual á la superficie de los otros dos cuadrados.

Ahora entenderéis ya la proposición, la cual no es para vosotros una serie de palabras, sino una serie de ideas que forman por su enlace una idea nueva. La palabra se ha iluminado á sí misma, definiéndose.

Pero ¿es esto todo? Realizado el misterio de la iniciación ¿ha entrado la luz en vuestro entendimiento? No, sin duda; vosotros veis claramente lo que quiere decir la palabra, pero no veis si es cierto lo que os dice. Nada os asegura que sea efectivamente el cuadrado de la hipotenusa igual en superficie á los otros dos cuadrados del triángulo rectángulo; no teneis evidencia ni certidumbre sobre esto. La palabra es la que debe dáros la, y lo hará por la demostración; es decir, demostrándoos que esta idea nueva para vosotros, se halla no obstante contenida en otras ideas que forman por su invencible y primordial claridad el fondo mismo de vuestra razón. La palabra tomará la idea oscura, la llevará paso á paso hasta el foco inteligible que es el centro y la antorcha de vuestra alma, la presentará allí al principio de donde emana, y os dará en el sentimiento de unidad esa ráfaga de luz que es la evidencia, ese reposo del espíritu que es la certidumbre. Ahora bien, si no es posible la demostración, ya porque la verdad propuesta es de un orden que no tiene su principio en el entendimiento humano, ya porque pertenece á las profundidades de una ciencia que no teneis tiempo ó voluntad de adquirir, entonces la palabra, iniciándoos por una vía más corta, os presentará los caracteres de autoridad que revisten la idea de una sanción legítima y suficiente.

Tal es, señores, la estrategia natural de la palabra. Y no obstante, á pesar de esta triple potestad de la proposición, de la definición y de la demostración, no está la palabra segura del buen éxito. Vosotros podeis resistirla; podeis rehusarle vuestro asentimiento, desafiar ó arrostrar su luz, y atrincherados en el fuerte de vuestras propias convicciones, ni aun sentir, en el remordimiento lejano de vuestra conciencia, que la verdad os ha hablado. Vosotros sois débiles y libres: la debilidad y la libertad os protegen contra el ascendiente de la palabra. La debilidad os impide ver el brillo de verdad que ella